

**Sed siempre amantes de Dios,
de vuestras almas
y de todas vuestras hermanas (Ben 14)**

II

m. ELENA FRANCESCA BECCARIA osc.

Monasterio Santa Clara

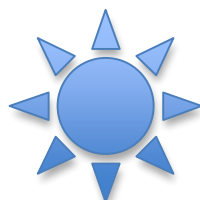
Via Vitellia, 97

00152 ROMA RM

**Monasterio de la Inmaculada
Hermanas Pobres de Santa Clara**

Monzón (Huesca, España)

Traducción al español: Luis Prensa Villegas



***Sed siempre amantes de Dios, de vuestras almas
y de todas vuestras hermanas (Ben 14)***

II

m. ELENA FRANCESCA BECCARIA osc.

3. AMANTES [...] DE TODAS VUESTRAS HERMANAS

Habíamos dejado a Clara como madre, madre del Hijo de Dios. Para toda mujer, la maternidad es la madurez del amor, precisamente porque -como dijimos- se trata de un amor oblativo, desinteresado, sacrificado. Por eso Clara ama no solo al Hijo, sino también al Cuerpo del Hijo, la Iglesia, comenzando por la pequeña Iglesia que es la comunidad de San Damián. Por sor Pacífica de Guelfuccio, primera testigo en el Juicio, sabemos que *madonna Clara era tan solícita de la observancia de su religión y del gobierno de las hermanas, como un hombre pudiera serlo de la custodia de su tesoro temporal* (Proc I, 14). Me parece hermosa esta expresión: las hermanas eran el *tesoro* de Clara, de ella que había querido vivir en la más absoluta pobreza; y precisamente por eso no eran un tesoro como una posesión, sino como un bien confiado y del que dar cuentas a Dios, así como de todo talento.

A la luz de este testimonio quisiera detenerme y considerar la figura de Clara como abadesa y como madre, su manera de gobernar. Y lo hago por tres razones.

Una primera razón, muy sencilla, es que Clara vivió su vida en San Damián siempre desempeñando el servicio de madre; por tanto, mirándola desde esta perspectiva, encontramos su enseñanza de vida fraterna: todo lo que Clara nos pide a nivel de relaciones fraternas fue la primera en vivirlo como madre.

Además porque considero fundamental la figura de la madre como garante de la unidad dentro de la comunidad: mi experiencia me hace decir que la unidad se construye a través del vínculo de obediencia que une a cada hermana con la abadesa, y a su vez a la abadesa con cada hermana, en todo aquello que no sea contrario al alma y a la forma de nuestra profesión (cf. RCI X, 1.3).

En tercer lugar, porque la misma Clara recuerda a la abadesa su gran responsabilidad de enardecer a sus hermanas a la santidad con su ejemplo personal de virtud y santidad de vida (cf. RCI IV, 10): está situada en lo alto, a pesar de sí misma, y su vida, su obra son evidentes, y pueden ser un gran estímulo para vivir una cierta calidad de relaciones fraternas.

Tratemos, pues, de poner de relieve las prerrogativas de Clara como abadesa, y tengámoslas presentes como modelo para todas las hermanas, para todas nosotras.

Clara, testigo de la santa unidad

Sabemos bien cómo ejerció Clara su papel de madre. Es también sor Pacífica quien lo describe:

La bienaventurada madre era humilde, benigna y cariñosa, y tenía compasión de las enfermas; y, mientras tuvo salud, las servía y les lavaba los pies, y les daba el agua a las manos; y alguna vez limpiaba los bacines de las enfermas (Proc I, 12).

Sabemos también que Clara solo acepta el papel de abadesa por la insistencia de Francisco, que *casi la obligó* (ibid. I, 6). ¿Por qué Francisco insiste y Clara acepta? A juzgar por lo que Clara escribió más tarde en la *Forma Vitae*, creo poder decir que Clara habría visto bien a Francisco como el superior *externo* de San Damián, de tal manera que todas las hermanas de dentro fueran a la par. En cambio, Francisco se da cuenta, y Clara con él, de que la comunidad necesita una madre, una referencia. Por eso acepta, por amor a las hermanas, pero decide vivir el papel a su manera, o más bien, a la manera de Jesús, *que no vino para ser servido, sino para servir* (Mt 20, 28). Y con el mismo ingenio que le hace pedir al Santo Padre el privilegio de no tener posesiones, y por lo mismo no tener privilegios, se vale de la primacía ligada a su papel para no tener límites en vivir el servicio, procurando con ello ser siempre la primera en todo: ningún privilegio particular para la madre, sino el de poder servir siempre y en todo caso, sin límites de oficio y obediencia, como ella misma pedirá en la *Forma Vitae*: *Así debe ser, que la abadesa sea la sierva de todas las hermanas* (RCI X, 5).

Y realmente su servicio no tenía límites: abarcaba desde las tareas más humildes, como recuerda sor Pacífica, hasta las más delicadas, como la atención moral y espiritual de las personas afligidas (cf. Proc X, 5). También me gusta recordar aquí el servicio que

prestó a la comunidad con su oración incesante (cf. *ibíd.* II, 9). Así lo describe el biógrafo:

Y no solo ama esta venerable abadesa las almas de sus hijas, sino que sirve también, y con admirable celo de caridad, a sus cuerpos. Así, muchas veces las recubre con sus propias manos contra el frío de la noche mientras duermen, y las que comprende que no están capacitadas para la observancia del rigor común, quiere que vivan contentas bajo un régimen más benigno. Si a alguna le turbaba la tentación; si, como suele suceder, a alguna le atacaba la tristeza, llamándola aparte, la consolaba entre lágrimas. Alguna vez llegaba a postrarse a los pies de las afectadas por la melancolía para aliviar con maternales cariños la intensidad de la pena (LCI 38).

Así se expresaba su maternidad, con ese cuidado tanto de los cuerpos como de las almas (cf. Proc VIII, 1), y por otro lado ¡una madre solo puede amar a toda la persona! La misma Clara amaba su propia persona entera: esto es lo que nos demuestra no solo arrojándose a los pies de las atribuladas, sino también el episodio narrado por sor Balvina, que cuenta cómo Clara la libró de un fuerte dolor en la cadera de esta manera: *y la madre se inclinó justo sobre su cadera, en el lugar del dolor; y después le aplicó un paño que tenía puesto sobre su cabeza* (*ibid.* VII, 12). Clara consuela y cura con su propio cuerpo, con gestos enérgicos, incluso audaces.

Me parece que deben leerse también en este sentido todas las curaciones que ella obró con la señal de la cruz en sus hijas (cf. LCI 34-35): había en ella el deseo, connatural en toda madre, de aliviar a su hija del dolor físico, si era necesario asumiéndolo ella misma. Me gusta la forma en que el biógrafo plantea su relato, leyendo este poder taumáturgico de Clara como fruto de su amor a Jesús Crucificado, *que se inflama en tan grande amor para con el misterio de la cruz* (*ibíd.*, 32): Clara pagaba en persona, con la ofrenda de su dolor, para liberar a sus hijas; la cruz adquiría todo su poder redentor entre las manos de Clara, porque verdaderamente ella era la primera en ser crucificada con Jesús.

Cuando se habla del servicio abacial de Clara me parece importante recalcar también, y no de forma secundaria, que ¡Clara fue madre enferma durante 28/29 años (cf. Proc I, 17; LCI 39)! Y a pesar de esto nunca renunció. Pienso que, habida cuenta del esfuerzo que le costó la aceptación de ser abadesa, su gran libertad interior, su solicitud

en buscar siempre y en todo caso el bien de la comunidad, no habría tenido dificultad en renunciar si ya no se hubiera considerado a sí misma *suficiente para el servicio y utilidad común* (RCI IV, 7). No lo hizo, y quizás esto pueda enseñar algo a nuestra mentalidad enferma de eficiencia: *cuando soy débil, es cuando soy fuerte* (2Cor 12, 10). Al igual que Jesús, si Clara tiene un trono, este es el madero de la cruz, y desde allí reina sobre el rebaño que le ha sido confiado. En verdad, como el buen pastor, que es el que *da su vida por las ovejas* (Jn 10,11), Clara da vida a sus hijas y hermanas con la ofrenda de su propia vida; ¡la vida que les comunica es exactamente suya! Solo así podemos hablar de una verdadera maternidad.

Otro punto importante que nos ofrece una lectura atenta del Proceso es la absoluta imparcialidad de Clara en el amar: todas las hermanas que dan testimonio, al hablar de ella, revelan veneración, respeto, estima... señal de que todas se sentían amadas y custodiadas, realmente como perlas de ese preciado *tesoro* del que habla sor Pacífica. Varias dan testimonio de haber recibido confidencias sobre aspectos incluso profundos de su vida interior.

No obstante lo cual cabe la posibilidad de una relación más estrecha de algunas con la madre: tanto es así que el biógrafo, al narrar el episodio del éxtasis de Clara el Jueves y el Viernes Santo, habla de *una hija familiar para ella, [...] devota* (LCI 31), que va a visitarla. Podemos imaginar el ambiente: la madre desaparece en la celda, se hace como inalcanzable, privada de sentidos; la comunidad está asombrada, preocupada, y las hermanas, un poco inquietas en sus movimientos, recurren a una de las hijas más cercanas a ellas -quizás sor Pacífica-, *que había entrado en religión junto con ella, y que casi noche y día, la mayor parte del tiempo, la servía* (Proc I, 3). A pesar de ello, lo que se desprende es que *era afable y generosa con todas las hermanas* (ibid. XI, 5), y todas ellas se sentían protegidas por esta bondad suya: es singular esta capacidad de Clara de dar a cada una lo suyo, con libertad interior, pero con atención. Y esta atención a todas se traduce también en escuchar a todas: de ahí la costumbre del capítulo semanal, donde se daba voz e incluso se prestaba especial interés a la opinión de las más jóvenes, a quienes el Señor revela a menudo lo que es mejor (cf. RCI IV, 15-18).

De hecho, si lo pensamos bien, esto es lo justo: cada hermana tiene su propia sensibilidad, su historia, su camino espiritual... una madre prudente sabe identificar la relación correcta a mantener con cada una, pero teniendo cuidado de que ninguna pierda el don de una significativa presencia. También aquí el modelo es el mismo Jesús, que tenía unos discípulos más cercanos que otros, a los que reservaba como testigos de momentos

particulares; que además tenía al *discípulo amado*, pero que luego lleva a cabo una redención que es universal.

Otra prerrogativa del servicio maternal de Clara: la corrección fraterna. Sor Cristiana testimonia:

Esta madonna Clara estaba toda encendida en caridad y amaba a sus hermanas como a sí misma, y si alguna vez oía algo que no agradaba a Dios, con gran compasión se afanaba en corregirlo sin tardanza (Proc XIII, 3).

La corrección nacía de la compasión, del amor visceral de una madre sabia que quiere la salvación eterna para sus hijas. Porque si la caridad no está unida a la verdad por sí sola no basta, corre el riesgo de ser únicamente buenismo: también en esto Clara se muestra como una mujer profundamente evangélica, deseosa de seguir las huellas de Aquel que *ha venido al mundo para dar testimonio de la verdad* (Jn 18, 37).

De hecho, Clara tiene siempre presente el ejemplo y la enseñanza de Jesús en su modo de vivir el servicio. En cambio, si la *Forma de vida de la Orden de las hermanas pobres [...] es esta: guardar el santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo* (RCI I, 1-2), ¡cuánto más debe estar atenta en esto ella que está llamada a ser ejemplo de vida para todos!

Y así Clara, día tras día, cimentaba el tejido de su comunidad, en santa unidad, con esa atención continua para que la comunidad caminase como un cuerpo. Después del ejemplo, la enseñanza: ahora que hemos observado a Clara moverse entre las hermanas, podemos escuchar lo que nos pregunta sobre las relaciones fraternas, porque es cierto que los ejemplos atraen más que las palabras, y que las palabras se vuelven mucho más eficaces si son reforzadas por el ejemplo de la vida.

Clara, maestra de santa unidad

Entre las razones que he dado al principio para justificar que fijáramos la mirada en Clara, abadesa y madre, he omitido una, porque es la fundamental, y por eso mismo merecía un tratamiento más amplio. En la *Forma vitae* hay dos versículos preciosísimos, que casi desaparecen en el discurso que está haciendo Clara sobre el cuidado de las enfermas, pero en los que, en cambio, me gustaría centrarme:

Confiadamente manifieste la una a la otra su necesidad. Y si la madre ama y cuida a su hija carnal, ¿cuánto más amorosamente debe la hermana amar y cuidar a su hermana espiritual? (RCI VIII, 15-16).

Si he querido presentar el retrato de Clara-madre, es porque ella misma pide a cada hermana que lo sea en comunidad, y en ella podamos todas reflejarnos y encontrar todas un modelo de vida. En nuestras comunidades, la maternidad no es exclusiva de la abadesa. En efecto, si hay una forma segura de ayudar a una madre a llevar con suavidad su oficio, es ser madres con ella, como ella misma nos advierte en el *Testamento*:

Su madre, viendo la caridad, humildad y unión que tienen entre ellas, lleve más ligeramente toda la carga que por razón del oficio soporta, y lo que es molesto y amargo, por el santo comportamiento religioso de ellas se le convierta en dulzura (TestCI 69-70).

Caridad, humildad, unidad: todas las prerrogativas de un servicio maternal al que cada hermana está llamada por vocación. Por tanto, todo lo que hemos dicho sobre Clara es lo que ella espera de cada una de nosotras, independientemente del papel que desempeñemos en la comunidad. Obviamente esto es posible cuando no se han saltado los pasos intermedios mencionados en la primera parte: el ser madre no se improvisa, es el resultado de esa relación profunda e intensa con las Tres Personas divinas ampliamente descrita.

Comentemos, pues, estos dos versículos, en los que creo estar contenido el secreto de la santa unidad, como una especie de síntesis muy eficaz de la enseñanza de Clara. Advierto que Clara toma prestados los dos versos de Rb VI, 8 (*Y confiadamente manifieste el uno al otro su necesidad, porque, si la madre cuida y ama a su hijo carnal, ¿cuánto más amorosamente debe cada uno amar y cuidar a su hermano espiritual?*): para ella, como mujer, la referencia al amor materno puede ser natural, pero es significativo que Francisco también haga uso de la misma, que también los frailes lo deben tener en cuenta al hablar de las relaciones fraternas. Casi como si dijera: ¡esta es la forma de amor más alta para cualquier criatura humana!

Confiadamente, en latín *secure*. Las hermanas deben poder entregarse unas a otras con seguridad y tranquilidad, debemos confiarnos unas a otras, tranquilas y serenas *como un niño destetado en brazos de su madre* (Sal 131, 2). En situaciones de necesidad

todas buscamos la seguridad, y es hermoso saber darla fraternalmente, haciéndonos así instrumento de la ternura y el cuidado que el Padre tiene con sus criaturas. Esto es importante: la inseguridad es muchas veces la chispa que desencadena verdaderos incendios en la comunidad, porque desencadena reacciones inmaduras, y es necesario que haya hermanas que sepan dar seguridad, no solo porque evitan el fuego, sino también porque lentamente hacen madurar a las hermanas más frágiles, creando en torno a ellas un clima de custodia, justamente de seguridad.

La una para la otra: también esta reciprocidad es importante. En una relación fraterna madura no siempre debe existir la que lleva y la que es llevada, sino que debe haber un intercambio de papeles. Es un signo de madurez saber aceptar tanto la necesidad de la otra y transmitirle seguridad, como saber confiarle a la otra las propias necesidades. Quisiera subrayar que estamos hablando de relaciones fraternas igualitarias. Está claro que hay situaciones comunitarias en las que esta reciprocidad es inapropiada: una maestra debe ser necesariamente la que dirige, la que acoge, teniendo cuidado de no dejarse llevar, no dejarse arrastrar por las hermanas en formación. Por otro lado, en las relaciones fraternas igualitarias es hermoso saber ser madres, pero también saber permitir que nuestra hermana lo sea con nosotras. Esto salva la santa unidad, porque salva la humildad, que es un ingrediente básico de la santa unidad: si todas admitimos que necesitamos de la otra de vez en cuando, se crea un círculo de atención mutua que construye la unidad, precisamente en el servicio y en la ayuda mutua.

La propia necesidad. No hay que molestar a la hermana siempre y en cualquier circunstancia, sino solo cuando nos encontramos en una situación real de necesidad. Hay una relación entre nosotras y Jesús que debemos cuidar, por lo que es bueno acostumbrarnos a confiarle primero a Él lo que tenemos en el corazón; del mismo modo, es importante recordar que la hermana también mantiene su diálogo con Jesús, y no debe ser molestada por una nimiedad. Pero hay situaciones de verdadera necesidad -y en la vida se aprende poco a poco a reconocerlas- en las que solo el rostro y la palabra de la hermana pueden devolver la paz y la seguridad: ¡Clara lo sabía!

Ama y nutre. Hablábamos antes de la atención de Clara a custodiar tanto los cuerpos como las almas de sus hijas y hermanas: esto también nos lo pide a nosotras, a través de este amar y cuidar. Como dice también en el *Testamento*:

Y amándoos mutuamente con la caridad de Cristo, mostrad exteriormente por las obras el amor que tenéis interiormente, para que, estimuladas por este ejemplo, las hermanas crezcan siempre en el amor de Dios y en la mutua caridad (TestCl 59-60).

Ambos aspectos son necesarios: amor y alimento. No es suficiente decir que se ama si las obras no lo prueban de alguna manera. Del mismo modo, un servicio fiel e impecable, pero sin amor dentro, no hace crecer a la comunidad en la caridad fraterna: se corre el riesgo de convertirnos en una empresa hiperorganizada, pero que no tiene el Evangelio como norma interna.

¿Cómo se puede comprobar si esto está sucediendo realmente? Con un cuidadoso examen de una misma: debemos preguntarnos con frecuencia -y quizás no por casualidad tenemos la gracia de tres exámenes de conciencia a lo largo del día- en qué punto estamos interiormente respecto a las hermanas, quizás respecto a esa hermana en particular. Después, si vemos que hay cansancio, conviene multiplicar las obras de caridad hacia ella. Y por obras no nos referimos a quién sabe qué, una sonrisa también es una obra, una mirada que demuestre interés, estima, un cumplido... pequeñas cosas, ¡pero qué costosas son a veces! Sin embargo, son esenciales para mantener a raya ese resentimiento interior que, excesivamente tramado, puede desembocar en verdaderas batallas.

Subrayo también la belleza del término *nutrir*, usado por Francisco y Clara. Una madre nutre con su cuerpo, y al alimentar comunica la posibilidad de crecer, de vivir. Las obras que hacemos por las hermanas deben cumplir con estos requisitos. Debe ser algo que nos pone en acción, que tiene un precio para nosotras, que nos involucra: debemos estar nosotras dentro de lo que damos. Incluso deben ser obras que verdaderamente edifiquen a la otra, que la hagan crecer en el Señor, que le permitan vivir. No debemos ser ligeras o superficiales en el bien. Hay una expresión del *Privilegio de pobreza* que siempre me llama la atención en este sentido, y es la de la *caridad ordenada* (Priv 5). Hay una prudencia y una sabiduría en hacer el bien que consiste en evaluar la situación del otro para darle lo que en ese momento es verdaderamente su bien, teniendo en cuenta que estamos aquí para ayudarnos a alcanzar la vida eterna, la salvación del alma.

Con cuánto mayor amor. Hemos dicho que la referencia al amor materno nos hace entender que Francisco y Clara lo consideran el modelo supremo del amor. Aun así nos piden más: si una madre *ama y nutre*... ¡nosotros más! Me parece que el quid de la

cuestión está en ese binomio carnal/espiritual. Sabemos bien qué es el amor que une a una madre con su hijo carnal: hay una profunda implicación de toda su persona, una verdadera pasión, en el bello sentido del término, esa pasión de la que nace la compasión.

Aquí se nos pide no una cosa más, sino algo más, un ir más allá. Así que también debe haber esto, pero no solo esto. Si solo existe esto, corremos el riesgo de caer en esa *prudencia de la carne* contra la que nos advierte Francisco (cf. Rnb XVII, 10). En términos concretos, debemos amarnos humanamente, con sencillez, como hermanas, pero superando el afecto puramente humano para buscar siempre juntas la voluntad de Dios, su reino y su justicia, aun cuando esto implique una mortificación de la carne.

Por lo tanto, debemos amarnos unas a otras no solo carnalmente, sino también espiritualmente, y la dimensión espiritual debe prevalecer e impulsar todo lo demás. Si nos detenemos en la dimensión carnal, la relación quedará encajonada en dinámicas afectivas inmaduras que tarde o temprano la asfixiarán. Si miramos solo el lado espiritual, corremos el riesgo de vivir nuestras relaciones de forma aséptica, desencarnada, distante, de manera que a la otra difícilmente le llegará nuestro amor. El camino correcto es entrar en las relaciones con nuestra humanidad, dejando que la relación se purifique constantemente por la obediencia a la voluntad de Dios, cueste lo que cueste.

Me parece que el ejemplo más claro nos lo ofrece María. María fue la madre de Jesús en la carne -verdadera madre, con todo lo afectivo que ello conlleva-, pero sirvió al plan de salvación ligado a la persona del Hijo sin interferir jamás, desde el desconcierto de la Anunciación hasta cuando el precio a pagar se ha vuelto muy alto: el Viernes Santo la vemos de pie junto a la cruz. Dolorosa, porque era una verdadera madre y como tal amaba a Jesús, pero fuerte en la fe, porque amaba también a ese Dios cuya obra hacía su Hijo y a los hombres para quienes la obra misma era necesaria. Por supuesto, María murió junto con Jesús: a pesar de no haber sufrido el martirio, se convirtió en reina de todos los mártires, por la vehemencia del dolor con que acompañó la ofrenda de la vida de Jesús. Pero este es el precio del amor, porque si es verdadero amor, necesariamente implica dolor. Jesús, el Amor crucificado nos lo enseña; nos lo enseñan los estigmas de Francisco, que fueron la confirmación del Cielo de su capacidad de amar.

Otro hermoso testimonio al respecto nos lo ofrece la misma Clara, en su relación con su hermana carnal, Inés, enviada como sabemos por Francisco para fundar el monasterio de Monticelli: cuánto dolor por la separación en las palabras que Inés le escribe

a Clara desde el monasterio de Monticelli, y al mismo tiempo ¡cuánta firmeza en querer servir al plan de Dios en cualquier caso!

He elegido la puerta de estos dos versos para entrar en el misterio de la santa unidad en San Damián. Era una de las posibles, ciertamente no la única, pero me parece que da cuenta del clima de unidad que reinaba entre aquellos muros. Unidad atestiguada por el lenguaje de la misma Clara, que se mueve siempre *una cum sororibus suis* (RCI I, 4; cf. VI, 1.10). Por otra parte, nuestra experiencia carismática se configura casi inmediatamente como la de un *nosotros*: sabemos que al poco tiempo de su conversión, Clara ya tiene a su alrededor un pequeño grupo de hermanas (cf. TestCl 25), un pequeño grupo destinado a multiplicarse en las décadas siguientes. Y para Clara las hermanas son un solo cuerpo, el del Hijo de Dios, para ser amado y servido en su totalidad.

Sin contar las hermanas enviadas a conformar otros monasterios -hablábamos antes de su hermana carnal, y además de las hermanas Pacífica y Balvina, enviadas a Vallegloria di Spello, sor Balvina di Martino, enviada a Arezzo (cf. Proc I, 14-15 ; VII, 11)-, así como su correspondencia con Santa Inés de Praga: testimonio de un *nosotras* que atravesó los muros de San Damián y se extendió a las hermanas de otros monasterios, por lo que cuando redactó la *Forma vitae*, Clara no duda en hablar de *Ordo sororum pauperum* (cf. RCI I, 1), es decir, de una realidad que era ya más amplia en su mente y en su corazón que solo el monasterio de San Damián. Me parece un *nosotras* que hay que custodiar con cuidado todavía hoy, quizás hoy más que nunca, con estos vientos constantes de amenaza a la autonomía jurídica: la autonomía se salva en la medida en que la conciencia de cada comunidad tiene clara su pertenencia a un *Ordo*, y por tanto la preocupación, tanto evangélica como franciscano-clariana, por las realidades más pobres y necesitadas de la Orden.

Y si es cierto que la custodia de la santa unidad nos desafía más cuando las relaciones son más cercanas, como sucede entre hermanas de una misma comunidad, también es cierto que hay un costo en mantener el corazón y la mente maternalmente dilatados hacia realidades más lejanas. Pero personalmente me parece importante sentir las *nuestras*; al menos me parece que Clara razonaría así, porque así razonó en su tiempo, permitiendo a la Orden una tan amplia y extensa expansión en el espacio de unas pocas décadas.

(2/3 continuará)

*Acabóse de traducir esta obra
en la fiesta del apóstol San Bartolomé,
en la villa de Madrid,
el día 24 de agosto
del Año del Señor 2022.*